

si; porque aunque habian sido muchas, ninguna habia descubierto tanto aquella llaga interior. Dice, pues: llegue esa lanza á mi costado, haga una grande abertura enfrente de mi corazon, para que lo vean herido, y muerto de amor las almas: salgan de adentro esa agua, y sangre juntas, para que les den testimonio de que en mi corazon las tengo unidas, é incorporadas. Considera por aquí, Christiano, que el Señor no se hartaba de penas, y tormentos; y así tras de un tormento añadía (permitiéndolo así) otro: tras de un oprobrio otro, tras de una afrenta otra, tras de un martirio otro, sin contentarse jamas con lo que padecia. Pregúntale tú ahora, y dile: Dios mio, ¿para qué tanta pena? Para qué tanto martirizais ese divino Cuerpo? Y haz cuenta que te dice: Para manifestarte mi amor. ¿Pues no basta una herida? ¿No basta un martirio? No se contenta con eso mi amor, porque sábete, que nunca le parece que se ha manifestado bien; y así no tengo de parar hasta abrir en mi pecho una puerta tan grande, que por ella vean mi corazon patente, y traspasado de amor: entonces descansaré, y conoceré que ya queda muy bastantemente manifestado. Pues, Señor, ¿y los dolores, y amarguras de vuestra Pasion, y Muerte no lo manifiestan? Sí, dice el Señor; pero esta última herida lo dice cla-

ramente: y que por ella vean las almas mi corazon enamorado, para que conociéndolo ellas, me amen. ¡O amor divino! ¡O miseria humana! ¿Y con todo esto, Señor mio, no os aman los hombres? No puede estar mas conocido vuestro amor, ni mas declarado; y sin embargo no es amado el mismo amor. ¡O alma! Manifiesta en algo que amas á tu Dios: conózcase en algo tu amor. Christo hace tantos extremos para mostrarte el suyo, ¿y tú no harás algo, porque el tuyo se vea?

358 Considera en las necesidades que tuvo en su soledad la Virgen santísima junto á la Cruz. Dexemos para luego la ponderacion de su desamparo, y soledad; y ahora considera, que lo primero de todo necesitaba la dolorosísima Señora de una persona, que se empeñase con el Presidente, para que diese licencia para baxar de la Cruz el santísimo Cuerpo, por quanto ninguno de los ajusticiados se podía quitar de la Cruz, sino con orden de la Justicia, y necesitaba de quien se lo baxase de la Cruz. Necesitaba lo segundo de sepulcro para enterrarle, porque ni lo tenia, ni quien se lo diese, ni con que comprarlo: tanta era su pobreza! Necesitaba lo tercero de mortaja, porque tampoco la tenia, ni con que comprarla. Necesitaba lo quarto de agua para lavarle, y de unguentos para ungirle: el agua era necesario

traer-

traerla de otra parte, y los unguentos se habian de comprar, y para nada habia fuerzas, ni dineros. Necesitaba lo quinto de caixon, ó atahud para ponerle, y féretro para llevarle. Necesitaba lo sexto de gente que lo llevase de allí al sepulcro; porque con solo San Juan se hallaba de todos los Discípulos del Señor. Mira aquí á tu Reyna sobre tantas fatigas, y amarguras, sobre su desamparo, y soledad, tantos cuidados, y tan graves, que cada uno de ellos tenia muy grande dificultad que vencer, por quanto los Príncipes de los Judíos, enemigos del Señor, se oponian á todo lo que conducia á dar honra, y honor á Christo nuestro Redentor: y así el que se hubiese de empeñar por el santísimo Cuerpo, se exponia á perder la hacienda, y la vida, como dice San Juan Crisóstomo. Mira, pues, quán desconsolada por todos caminos estaba al pie de la Cruz María Santísima. ¿Tendrás tú ánimo á ofrecerte á su servicio, aunque te cueste la hacienda, y la vida? Ya veo que me dirás que sí, y que si te hubieras hallado en aquel tiempo, lo hubieras hecho. Mira no te engañes, que quizás entonces te escondieras, y no parecieras en público. Y si no sácalo por lo que ahora haces del servicio de Dios, y de su Madre. Ahora temes una maldrugada, un qué dirán, una leve chanza, y por unas cosas de vien-

to faltas á la oracion, recogimiento, y á otras cosas, con que sabes das gusto á Dios, y á su Madre; ¿y entonces habias de ofrecerte por sus Magestades á las aflicciones, á la persecucion, á la muerte, y otros grandes trabajos? Ya ves que es engaño; porque quien ahora rehusa lo que es menos, y casi nada, ¿cómo se habia de ofrecer á lo sumo?

359 Considera como nuestra Señora envió un recado al noble Joseph, natural de Arimathea, Lugar que distaba veinte millas de Jerusalem, el qual era Senador, y uno de los del Consejo, que gobernaba aquella gran Ciudad. A este noble Caballero, que era Discípulo oculto del Señor, le envió María sacratísima con S. Juan un recado, diciéndole, que se empeñase con el Presidente, y le pidiese el Cuerpo santísimo de su Hijo; y la socorriese en las necesidades en que se hallaba, segun dice el Metafraste con estas palabras: "Joseph, ya sabes
„ quán sola estoy, peregrina, y
„ extraña en esta tierra, y que no
„ tengo quien se empeñe para dar
„ sepultura al Cuerpo de mi Hi-
„ jo; y así te ruego que me favo-
„ rezcas á mí, y á tu Maestro. Aní-
„ mate, y entra con valor, y pídele
„ á Pilato su Cuerpo, y socórre-
„ me con el sepulcro, que no per-
„ derás esta gracia." Este fué el recado de María soberana á Joseph. Al punto, pospuesto el te-

Dd 2 mor,

mor, y rompiendo por muchas, y grandes dificultades, que se le ponian por delante, entró sin temor ninguno á ver á Pilato, y le pidió el sacrosanto Cuerpo, declarándose públicamente por Discípulo de Christo. Considera bien este caso, que es milagroso. Hasta aquí habia sido Discípulo del Señor, pero oculto, dice S. Juan, porque tenia miedo á los Judíos, recelándose el que le quitasen la hacienda, y aun la vida, y ahora hace lo que no se atrevió á hacer, aun quando vivia el Señor. Entonces tuvo miedo de declararse, teniendo á su Divina Magestad, que le podia amparar, y ahora, que ya era muerto, no teme ni el que le quiten la hacienda, ni la libertad, ni la vida: rompiendo por todo, se declara con tanta valentía, y ánimo por Discípulo suyo tan á las claras, que no puede ser mas. ¿De dónde le vino esa fortaleza? Tú no buscas otra razon mas de que la santísima Virgen estaba de por medio, y luego se halló lleno de amor, de fé, de fortaleza, de devocion, fervor, y caridad. ¿Quieres dexar de tí los temores vanos, el amor de los bienes, y cosas de esta vida? ¿Quieres conseguir una fortaleza, y un fervor invencible, y despreciar todas las amenazas de tus enemigos? Procura que se ponga de por medio Maria Santísima, ábrele á su devocion, y amor las puertas de

tu corazon; y tú verás evidentes milagros en tí.

360 Considera en la accion de este gran Varon, que te dará muchos motivos para servir á Dios. Lo primero, dice, que entró con audacia á pedir el sagrado Cuerpo; esto es, sin miedo, empacho, ni vergüenza, teniendo motivos tantos, como los que tenia en contra el ser Noble, Senador, y rico: el empeño era por uno, que en la opinion de los Judíos era el peor del mundo; con todo, rompe con valentía, y grande espíritu: no te acobardes, ni por el decir de las gentes, ni por temor, ni vergüenza, ni por cosa alguna que se ponga por delante á la obra que se ofreciere del agrado, y servicio de Dios, y de su Madre, que buenos fiadores tienes, y por buenas personas te empeñas: no hayas miedo que te dexen en el empeño, como lo hace el mundo con los que se empeñan por él. Considera quán de verás tomó el empeño, pues no solo hizo lo que nuestra Señora le habia rogado, que fué pedirle el sacrosanto Cuerpo, y declararse Discípulo del Señor, sino que añadió (como dice Teofilacto) el llevarle á Pilato una cantidad de oro, para que no dudase en darle lo que pedia. No te has de contentar con hacer lo que conocieres del agrado de Dios, y de su Madre, sino que has de poner los medios que pudieres pen-

pensar mas á propósito, para que con eficacia resulte la obra: no te contentes con hacerla solamente, sino procura hacerla con fervor, y diligencia, porque las obras hechas con tibieza, tienen poco de agrado del Señor. Considera, como no obstante que Joseph dió tanto oro á Pilato por el Cuerpo santísimo, dice el Evangelio que lo dió Pilato, no que lo vendió; porque venderlo es darlo por precio, y no hay precio con que pueda pagarse, ni que le pueda igualar, por quanto es un tesoro infinito, en cuya comparacion toda la plata del mundo es lodo, y todo el oro, y piedras preciosas son como si no fuesen, comparadas con él; y aun por eso llama rico el Evangelio á este Santo Varon (a), dice S. Epifanio; porque él propiamente es aquel prudente mercader, que halló la mejor margarita, y dió lo que tenia por ella, y con ella se llevó todo el tesoro de Dios. Y asimismo le llama el Evangelio Varon bueno, y justo; ¿y qué mucho si lleva consigo al que solo es bueno, y justo por naturaleza? Ves aquí lo que le vino á Joseph, y lo que se grangeó con haber servido á la santísima Virgen. Ea, ámate á servirla, que si te pide algo, es por enriquecer tu alma. Un poco de oro, y un poco de vergüenza dió Joseph por el

Hijo, y por la Madre, y por eso consigue tantas riquezas, y tantos bienes, que el mismo Evangelio se esmera en ponderarlas. El oro ya sabes que es la caridad: júntala con la diligencia, y fervor en el servicio de esta Reyna, y grangearás un grantesoro.

361 Considera asimismo á Nicodemus, que se le juntó á Joseph con cien libras de mirra, aloe, y unguentos olorosos, para ungir el sacrosanto Cuerpo; en donde se te descubre otra consideracion muy á propósito. Dice Santo Thomas, mi Padre, que la mirra, y aloe, por ser cosas muy amargas, son símbolo de la penitencia, y fuera de eso conservan los cuerpos; así, por la penitencia, Christo se conserva, y persevera en nuestras almas. Mucho habia hecho Joseph; pero faltábale la mirra, y aloe, para conservar el tesoro. Sea, pues, esta la doctrina de esta consideracion. Grande cosa es una buena determinacion, un romper con las dificultades, un exponerse á trabajos por servir á Dios, y á su Madre; pero á todo esto se ha de juntar la mirra, y aloe de la mortificacion, y penitencia: así se logra la ganancia, conseguida por el oro de la caridad, y ejercicios de la devocion, y fervor; y esto es tan cierta verdad, que como sin estas especies aromáticas

(a) Matth. 27.

se consumen los cadáveres, así sin la mortificación se aniquilan, y mueren los ejercicios, y virtudes.

362 Considera como Joseph, y Nicodemus partieron de Jerusalem con todo el aparato de escalas, féretro, unguentos, mortaja, y todo lo necesario para descender el santísimo Cuerpo, a mortajarlo, y darlo sepultura, á pesar de todos sus enemigos. Llegaron junto á la Cruz; y aquí puedes considerar, que así que se vieron junto al Señor, y su Madre, y miraron á su Maestro muerto, y á la benditísima Señora casi muerta, se le echaron á los pies, y por la grande compasion, y dolor que les causó su vista, derramaron muchas lágrimas, y se estuvieron postrados, sin poder decirle palabra á nuestra Señora; pero su Magestad, con aquel magnánimo corazón, no es dudable que los animaría á que pusiesen por obra la diligencia. Aplican, pues, con esto las escalas, quítanse sus capas, y con sus manos propias desclavan al Señor; pero con cuántas lágrimas! Con qué dolor! Amábanle, y por eso se dolían, y lloraban. Baxan el Cuerpo divino, y lo recibe en sus brazos la dolorosa, y afligida Madre; y quánta fuese su pena, y dolor, quando se vió abrazada con él: quánta fuese la angustia de su alma, quando viese tan de cerca, y tocase aquellas heridas, llagas, des-

coyuntamientos, salivas, y sangre: quando tocase aquellos miembros divinos yertos, frios, y desollados por tantas partes: quando le viese todo hecho una llaga de pies á cabeza, y considerase el estrago, lo que habia hecho en él el odio, y rencor de los hombres, y se acordase, como quien lo sabia, de aquel excesivo amor con que amaba su Hijo santísimo á los hombres: quando considerase la ingratitude tan grande con que le habian pagado su amor; y como por tan grandes beneficios que les habia hecho, resucitándoles los muertos, curándoles los enfermos, sanándolos de todo género de enfermedades, sacándolos de poder de los demonios, y dándoles doctrina, y enseñanza de la vida eterna, le habian correspondido con tan inauditas crueldades: ¿quién será bastante á ponderar la grandeza de sentimiento, pena, y dolor, que llenaba su alma, y corazón? Llena de gracia la llamó el Angel; pero ahora la podemos llamar llena de amarguras, y angustias mortales, y tan llena, que no caben mas en ella.

363 Considera, Christiano, para entender algo de esta pena: considera, digo, á una Princesa, hija de un Rey, muy querida de su Padre, adorada de su marido, regalada de sus hijos, asistida de sus amigas, que estando aplau-

dida, y venerada de todos estos, de repente se encontraba con todos ellos muertos, afrentados, y despedazados, y sola ella, sin que hubiera criatura alguna en el mundo, que la consolase; ¿qué dixeramos de la pena de esta Señora? Dixeramos que era milagro que no se cayese muerta entre ellos. Pues di tú eso mismo de esta gran Señora, para quien era Padre aquel divino Señor, y Padre, que la estimaba mas que quanto habia criado: Era su Esposo, y Esposo que la amaba con tanto amor, que el de todos los esposos, que ha habido, y habrá en el mundo, para sus esposas, es nada en comparacion suya: era su Hijo, y Hijo, que no solo la veneraba, sino que la hacia adorar de los mismos Angeles: era amigo, y amigo que valia por infinitos amigos, que la regalaba, y favorecia, no con favores, y regalos de la tierra, si con singularisimas mercedes, y favores del Cielo, que el menor excedia todo encarecimiento; y finalmente, sobre todo, era su verdadero Dios, y Criador, á quien conocia digno de infinita reverencia, y amor; y ahora se halla con este Señor muerto en sus brazos, despedazado, desollado, afrentado, y consumido con indecibles tormentos. ¿Qué diremos? Qué es un gran milagro de la omnipotencia divina el que vi-

va abrazada con el cuerpo santísimo. Y finalmente, para que quedés con algun punto en la memoria sobre que puedas pensar, considera á María santísima en este amargo, y doloroso paso. Atiende á lo que pasa en su corazón: mira á su alma santísima, en quien, como en un clarísimo espejo, se representaba, por medio de sus dolorosas consideraciones, toda la Pasion, y Muerte de su Hijo santísimo. En ella se veían las cadenas, y sogas: en ella las puñadas, y golpes: en ella los pescozones, las bofetadas, salivas, oprobrios, afrentas, y vituperios: en ella se veían todas las heridas del Señor: en ella las espinas, los clavos, la caña, la hiel, y la lanza; y en ella finalmente se miraba un teatro de todos los tormentos, penas, y dolores del Hijo, y una viva, y expresa imagen de su muerte. Mira una alma tierna, y amante, con todo esto dentro de sí, ¿de qué suerte estaria?

364 Considera como aquellos santos Varones pidieron licencia á la sacratísima Virgen para amortajar el Cuerpo santísimo; y lo primero le quitaron la corona de espinas, y con gran dificultad, por estar muy encaxada; y al ver tantas heridas en aquella divina cabeza, les partía de dolor los corazones, y derramaban muchas lágrimas. Diéronle á nuestra Reyna los

clavos, y la corona (dice el Metafraste), y su Magestad los adoró con profunda reverencia, y los guardó como herencia, y patrimonio, que en la tierra heredaba de su Hijo santísimo. Mira lo que le dexa á su Madre en este mundo de quanto en él ha criado, Espinas, Clavos, y Cruz: esta es la herencia de los justos en esta vida, y esto es lo que el Señor les dexa: no busques tú otra cosa mientras estuvieres desterrado. Considera como luego empezaron á lavar el santísimo Cuerpo: pon cuidado, y verás lo que va descubriendo el agua: vá quitándole la sangre, las salivas, y muchas partes de la piel santísima se arrancan. Ya aparece aquel divino cuerpo tan llagado, y tan desollado, que se veían los huesos limpios, las costillas descubiertas, y blancas, entre la carne denegrada; tan hinchado, y tan descoyuntado, que ponía grima, y espanto á los mismos que lo lavaban. Dice San Anselmo, que ocurrió á este espectáculo San Juan, y daba tristes, y lamentables suspiros. Ocurrió San Pedro, y llorando sin consuelo, repetía muchas veces: ¡O Señor, y Maestro de mi alma! Tanto habeis padecido por mí, pecador, que os negué delante de vuestros enemigos. Ocurrió la Magdalena con las Marías, he-

chas un mar de lágrimas; y ocurrieron otros muchos, y todos lloraban tan amargamente, que dice el mismo Santo, que no pudiendo reprimir el llanto, daban tales gritos, que resonaban en todo el monte. El ayre se llenaba de suspiros, y la tierra se regaba con muchas lágrimas; que eran tantas, que ellas, sin más agua, fueron bastantes á lavar todo el santísimo Cuerpo. ¿Y quién no reventára de dolor, viendo por delante un tan horrendo estrago? Mas, ¡ó miseria mía, digna de ser llorada, que lo estoy imaginando presente, y mis ojos están secos, y duro mi corazón como un pedernal! No obstante, perseveremos en mirarle, que por último, el Señor, usando de sus misericordias, como misericordiosísimo Padre, nos dará la compuncion, el dolor, y compasion, para que le acompañemos con los demas que le acompañan llorando.

365 Considera como habiéndolo lavado, le ungen, y cubren todo con aquellos unguentos de mirra, y aloe, y luego le cubrieron con aquel lienzo limpio, y nuevo, y le taparon el rostro con un sudario. No pases ligeramente por estas santas ceremonias, ni pares precisamente en llorar tanta lástima: saca fruto el que pudieres para tu alma. Lloraban aquellos Santos viendo tanta máquina de llagas, y he-

heridas, como se descubrieron en aquel santísimo Cuerpo lavado: lava tu alma, y tú verás despues de haberla lavado, lo que descubres en ella de señales, y heridas mortales, que antes estaban solapadas con las inmundicias de tus culpas, y habiéndolas descubiertó, no te contentes con llorarlas: aplica les la mirra, y aloe de la amargura penitencia, y esta no la dexes descubierta de forma que pueda verse: cubrela con la sábana nueva, y limpia; con la nueva vida, texida de nuevos propósitos, de nuevos exercicios, y tambien de buena, y santa intencion.

366 Considera como amantado el Señor, segun medita San Agustín, y puesto en el fétetro, se llegaron todos los presentes; y besando con gran ternura, y reverencia aquellas divinas plantas, considerando sus caminos, y lo mucho que habia caminado, y trabajado en busca de las almas, y lo mal que se lo habian pagado, pues por tan grandes beneficios le habian dado una muerte tan afrentosa, con bárbaros, y crueles tormentos; meditando esto, lloraban, no ya de puro dolor, sino de una tierna devoción que en sus almas sentian, con tan grande fragancia, dulzura, y suavidad, que percibian, besando los divinos pies, que el llanto que antes

procedia de amargura, ahora era causado de un inefable consuelo, y devocion que todos sentian. ¡O benignísimo, mansísimo, y piadosísimo Señor de nuestras almas, y quán grande es vuestra bondad! Aquí se conoce, amabilísimo Señor, que Vos sois aquel León muerto, que ya difunto le ofreció á Sansón, que era quien le habia muerto, aquel dulce panal de miel. Los hombres os quitaron la vida, fuertes, y robustos en sus maldades; y Vos, clementísimo Redentor, así que los veis arrepentidos á vuestras plantas, los llenais de dulzuras, y suavidades. ¿En dónde está aquí el enojo? ¿En dónde la indignación contra los pecadores, que os han quitado la vida? Juntáronse contra Vos los Judíos, y el Infierno; y con lo mismo que procuraron irritar vuestra paciencia, con eso os volvieron mas dulce que la miel para las almas arrepentidas. Christiano, si te hallaras abrazado con aquellas divinas plantas, y sintieras aquella fragancia, y suavidad, ¿qué dixeras? ¿Este es aquel Señor, que parecia leproso, aquel tan despreciado de los hombres, que le escupian en la cara? ¿Este es aquel que arrastraban, y pisaban los pecadores? ¿Así huelen aquellas salivas, aquellos cardenales, aquellas llagas, y heridas? ¿Este es aquel á quien mal-

maldecian, y á quien como reprobado, y maldito, condenaron con los dos ladrones? Asi huelen, y exhalan tanta fragancia, y suavidad esas ignominias, esos clavos, y esa Cruz? Si, alma, así huela en la muerte lo que tanto amargaba en la vida: todo aquello se convirtió en suavidad, y dulzura. ¿Tuvieras tú ánimo para apartarte de aquellos pies, y dexarlos? ¿No te estuvieras abrazado con ellos toda tu vida? Sin duda dirás, que sí; y es, porque huelen, y confortan tu alma con la suavidad, y fragancia, que despiden. De esta forma yo también me estuviera; pero conozco que no es eso lo más perfecto: lo que debemos hacer es, abrazarnos con su cruz, y trabajos, y guardar para la muerte las dulzuras.

367 Considera como cogieron en hombros al Señor, y lo cargaron para llevarlo al sepulcro, que como dice Andriacomo, distaba del Monte Calvario ciento y ochocientos pies. No faltes á esta procesion, que fué la más lastimosa del mundo, y vió, ni verá. Seguíala santísima Virgen á su divino Hijo muerto: seguíale todos los demas; y otra cosa no se oía que el sollozo, y llantos, y suspiros. Llegaron al sepulcro, que era nuevo, y grande, hecho en una peña, que segun dice

el Venerable Beda, era de color blanco, y rubio. Aquí entraron todos, que era muy capaz, y poniendo el sacrosanto Cuerpo en un nicho, postráronse todos de rodillas con la sacratísima Madre Virgen, le adoraron con grande reverencia, y llanto. Y mientras proseguí la adoración, ve tú considerando todas las circunstancias, y sacando de ellas la doctrina que necesitas. Considera lo primero, que como dice San Juan, el monumento estaba en un huerto; y como dice Santo Thomas, mi Padre, era representacion del Paraíso. Vive nuestro Señor entre persecuciones, trabajos, y amarguras: muere entre afrentas, espías, clavos, y cruz, y despues de la muerte descansa en el ameno huerto del Paraíso. Imítale en vida, si quieres acompañarle despues en la muerte en el descanso de su Gloria.

368 Considera como el sepulcro estaba hecho en una peña viva, como dice el Evangelio, y de color blanco, y rubio, como dice Beda, y todo es misterio; porque como dice San Agustín, el sepulcro significa el humano corazón, en donde descansa el Señor; y este, como dice San Juan Chrysóstomo, ha de ser firme, fuerte, y constante en los buenos propósitos: ha de ser firme de

toda blandura, regalo, y deleyte: no ha de ser como arena, y polvo, que se dexa llevar del viento de la vanidad: no como tierra, que con el agua se vuelve lodo; sino como una peña en la fortaleza, como una piedra, que por mas agua que la rechen, no se ablanda, ni se deshace, y como un risco, que se tiene firme contra todos vientos: y á esto se ha de juntar lo candido de la pureza, y lo rubicundo del amor: estos corazones escoge el Señor, y en ellos duerme, y descansa. Considera que el santo sepulcro no se componia de muchas, sino solo de una: firmísima peña: la union de la caridad, y la uniformidad de la vida es la que trae á su Divina Magestad al alma: huye el Señor de las divisiones, y de las discordias; porque es Principé de la paz; y así, si quieres que en tu corazón conserve la paz con Dios, y con los hombres, y la uniformidad de vida: porque si ya eres uno, ya otro, ya te recoges, ya te derramas; esta variedad te privará de que goces aquel divino tesoro.

369 Considera que el sepulcro era nuevo, y ningun muerto lo habia estreñado. Ahí se va á descansar el Señor, por que como dice San Gerónimo, era representacion de nuestra Señora, en quien jamas entró

la muerte de la culpa; y por eso en solo esta gran Reyna descansó perfectamente la Divina Magestad. Has de procurar imitar su pureza; y si tu corazón ha sido profanado de la muerte de la culpa; procura con todas veras renovarlo, limpiarlo, y purificarlo; y omás si pretendes recibir en tí al Cuerpo del Señor por la santa Comunión. Mira la inmensa pureza con que María santísima lo recibió en sus entrañas; y con grandes instancias pidele que te ayude á purificar tu alma, para recibirle dignamente. Considera que enterrado el Señor, le pusieron al sepulcro una grande piedra, y fuera de eso, lo cerraron, y sellaron con candados, y cercaron de Guardas, para que entienças, dice S. Hilario, que habiendo recibido en tí el santísimo Cuerpo del Señor, has de cerrar la entrada del alma, que son los sentidos, con gran firmeza has de echar á cada uno su candado, y poner diligente guarda, para que cosa ninguna entre que te lo pueda inquietar. Haz cuenta que tienes dentro de tí un gran tesoro, y que si te descuidas con las puertas, se han de entrar los ladrones mundo, demonio, y criaturas; y tenlo han de robar. Considera por último lo que dice el Evangelio, que el sepulcro donde fué

sepultado el Señor, no era suyo, sino de Joseph. Mirá qué grande exemplo te da el Salvador: era Señor universal, y Criador de todas las cosas, y vi- viendo dixo, que ni en que pudiese reclinar su cabeza tenia. Ni casa, ni cama, ni descanso tuvo en su vida; y en la muerte ni mortaja, ni sepulcro; de manera, que ni en vida, ni muerte tuvo cosa propia en que descansar. Era suyo el mundo; y de él ni para la muerte se apropió cosa alguna. Quiso siempre ser mendigo de lo que era suyo propio, para darte á tí exemplo, y condenar tu codicia, y avaricia; Pero para qué queria el Señor propia sepultura, si no habia de morir por sí propio, sino por los hombres, dice San Agustin? Como quien dice: ¿para qué me tengo de prevenir de sepultura, si no muero por mí? Muero por los hombres: ellos me la dispondrán en su corazon. Ea, alma, á tu cuidado dexo la preparacion de su sepulcro, y descanso: ya ves cuánto se ha cansado, y fatigado por tu amor; cuánto ha padecido por tu causa; será justísimo que tu cuides de que descansen ahora, y así le puedes decir: baste ya de penas, y trabajos, Dios mio: aquí teneis mi alma, y corazon desocupado de quanto el mundo tiene: entraos á

descansar, Señor mio, que yo trabajaré por guardaros. Justo es, Dios mio, que pues Vos trabajásteis hasta la muerte por mí, y estando yo dormido, y en la mayor fuga de vuestros trabajos, me dixisteis, que durmiese, y descansase: ahora os digo yo lo mismo: dormid ya, y descansad, que yo me expongo á trabajar, y velar por Vos hasta morir.

370 Considera como habiendo cerrado el sepulcro, se volvió nuestra Señora con los Santos, que la acompañaban, al Cenáculo, dexando su vida, su corazon, y su alma sepultada con el Señor; y como medita San Buenaventura, volvió por el Calvario, y postrada en tierra, adoró la santísima Cruz, y la Divinidad en la sangre derramada con inmenso dolor, y pena. Pasó á Jerusalem por la calle de la Amargura, por donde habia venido su santísimo Hijo; y en el camino, donde hallaba derramada la sangre, se hincaba de rodillas, y adoraba en ella á la Divinidad con incomparable dolor de su corazon, viendo pisada de los hombres la sangre, que era el precio de todo el mundo. Llegaron al Cenáculo, y allí postrados á sus pies todos aquellos Santos, se le ofrecieron con quanto podian, y valian, á vivir, y morir por

su

su Magestad; y la gran Señora se volvió á ellos con aquel corazon invencible, y con palabras de grande edificacion, les agradeció lo que habian hecho en servicio del Señor, confortólos en la fé de la Resurreccion, y Divinidad de su santísimo Hijo: ofrecióles su intercesion para con su Divina Magestad, y á instancias de ellos les echó su santísima bendicion, y los envió consoladísimos á sus casas; y su Magestad se encerró en una sola á pasar á solas los desamparos de su soledad. No te vayas tú, devoto suyo, quedate allí á la puerta de la sala, sin apartarte un punto; porque se ha de ver muy afligida tu Señora, y será bueno que hallé allí á quien llamar, para lo que se le pudiere ofrecer; y caso que no te llame, no perderás nada en observar lo que le pasa.

371 Considera en aquel encerramiento á la dolorosísima Madre; y tú estando de la parte de afuera, coge aquellas palabras de Jeremías, que ellas te darán luz para saber lo que pasa por tu Señora en su soledad; y así dí, como inquiriendo: ¿Cómo, ó de qué manera estará sola la Ciudad llena de pueblo? La sacratísima Virgen, gloriosa Ciudad, y habitacion de Dios, llena de pueblo, porque todos los Pueblos, y Naciones la veneran Señora de

las gentes, Princesa de las Provincias, Reynos, y Señorios del mundo; porque es Reyna de Cielos, y tierra esta gran Señora; ¿cómo estará sola en aquel retiro? Está como viuda, como huérfana, y como sola en este mundo: sola, porque le faltó el Hijo, que era todo su consuelo: viuda, porque le faltó su esposo, el mas amante que ha habido, ni habrá: huérfana, porque le faltó el Padre, y la Madre, que uno, y otro era para nuestra Señora su santísimo Hijo. Está desconsolada, y llena de desconsuelo; porque de todos sus amigos, ninguno hay que la consuele; porque ni los Angeles, ni los hombres son bastantes á consolarla: solo el Angel del Gran Consejo, y el Hijo del Hombre la puede consolar; y ese, que siendo uno, era todas las cosas para su Magestad, la dexó entre angustias: y tantas, que como reveló el Hijo, y la Madre á mi Padre Santo Domingo, y al Beato Alano de Rupe, cien veces llegó á agonizar en aquellas quarenta horas: llegaba á términos de espirar; y Dios, con especial providencia, la confortaba: volvía en sí, y volvía la dolorosa memoria de la muerte, pasion, penas, y tormentos de su santísimo Hijo, y volvía á renovarse el dolor, y crecer hasta ponerla en

ago-